

Los inicios del feminismo en el obrerismo catalán. Un folleto de Teresa Claramunt

The Catalan working class origins of feminism: a brochure by Teresa Claramunt

Laura Vicente Villanueva

Universidad de Barcelona.

Recibido el 4 de mayo de 2006.

Aceptado el 31 de mayo de 2007.

BIBLID [1134-6396(2006)13:1; 183-194]

Este trabajo, que se reproduce completo, fue escrito por Teresa Claramunt en unos años de aislamiento y decadencia del anarquismo en Barcelona que coincidieron con un importante auge del lerrouxismo y con una coyuntura económica que perjudicaba a la clase obrera barcelonesa. Teresa vivía, tras el fracaso de la huelga de 1902, envuelta en enfrentamientos y recriminaciones con otros sectores del anarquismo en relación con el *caso Bonafulla-Canalejas*. Sufría una severa marginación, por parte de los grupos anarquistas de Barcelona, que había provocado su casi total desaparición de la actividad propagandista, refugiándose en el grupo El Productor y en su labor como publicista en el periódico del mismo nombre que dirigía junto con su compañero Leopoldo Bonafulla.

Su posición en 1905 era de extrema intransigencia y purismo contra todo tipo de colaboración con sectores políticos tal y como se manifestó en su rechazo a la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre. Este organismo, creado por algunos grupos anarquistas en colaboración con sectores del republicanismo, tenía como objetivo la defensa legal y política de los anarquistas que estaban siendo acusados injustamente de ser los autores de diversos atentados terroristas.

Su marginación del propagandismo llevó a esta mujer a centrarse en el publicismo, en 1905 escribió veintiocho artículos en *El Productor* y el texto *La mujer*. Aunque se trata de un pequeño folleto de dieciséis páginas, hay que tener en cuenta lo excepcional que era que las mujeres tomaran la palabra para hablar del tema en primera persona y más que lo hiciera una mujer desde el obrerismo.

Claramunt reconocía en *La Mujer* la especificidad de la opresión femenina al señalar que las mujeres sufrían una subordinación por razón de sexo y

que el hombre era el responsable de dicha opresión, aunque el tirano llevara *blusa y alpargata*. Admitía también la existencia de un sistema patriarcal cuando afirmaba que la sociedad se había constituido, entre otros aspectos, sobre el principio de la desigualdad de sexos. Eran las mujeres, por tanto, las que tenían que tomar la iniciativa para acabar con las desigualdades entre los sexos y con tal fin necesitaban desarrollar su lucha con plena autonomía. Apeló a la emancipación de las mujeres en términos de libertad e igualdad de condiciones respecto a los hombres y añadió que teniendo conciencia de sus derechos y deberes podrían completar la transformación necesaria junto a sus compañeros explotados. Teresa Claramunt sentó, de esta manera, los fundamentos del feminismo obrero y de su autonomía dentro del movimiento anarquista.

TERESA CLARAMUNT: *La mujer. Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*. Buenos Aires, A. Zuccarelli, s.f. (1905)¹

Al ocuparme en este trabajo del estado actual de la mujer, me propongo emplear un lenguaje despojado de todo convencionalismo, procurando disipar errores de su educación y combatir su ignorancia, de consecuencias tan funestas. Así juzgo verificar una labor purificadora, de trascendencia social, ensayando a la vez un estudio de las causas por que [sic] se sostienen tales errores, a fin de que puedan ser racionalmente combatidos y evitándose los perniciosos efectos que recaen sobre nosotras.

Deseo, que, ni por asomo, se sospeche que mi propósito sea zaherir a cualquiera, sea hombre o mujer. Nada de eso.

Cierto que el hombre es, a mi entender, el directamente responsable del infeliz estado de la mujer; pero una cierta indulgencia, que en justicia se debe a la inconsciencia, me aconseja ser comedida en el ataque, sin sacrificar, empero, la verdad tal como la siento en esta capitalísima cuestión que paso a someter a mis lectores.

* * *

Si en un cuerpo humano, por cualquier causa, se produjese una alteración en la circulación de la sangre, más pronto o más tarde, sobrevendría una

1. No debo olvidar que la primera copia de este folleto me fue proporcionada por Antonia Fontanillas. Igualmente no puedo olvidar la cooperación, debido a los imprevistos que siempre aparecen, en la transcripción de este documento por parte de Susanna Tavera.

perturbación de todos los órganos. De no imponerse una enérgica acción, seguiría bien pronto un decaimiento fatal de fuerzas, hasta llegar a la anulación del individuo. Esto es lo que actualmente, por comparación, puede decirse del cuerpo social.

Por efecto de los errores primitivos, fue alterada la acción de las fuerzas vitales provocando naturalmente la perturbación que a través de los siglos ha venido viciando todos los órganos hasta paralizarlos. La muerte, por lo tanto, es inevitable; pero no la muerte natural, conforme a la evolutiva transformación de la materia, sino la muerte violenta acompañada de desesperaciones, muchas veces trágicas, siempre crueles.

Así lo han comprendido también muchos hombres, que han ensayado medios y propuesto diversos sistemas para purificar el ambiente; es decir, han tratado de vigorizar el cuerpo social. Pero, desgraciadamente, para todos, excepción hecha de los anarquistas, ninguno ha logrado otra cosa que complicar la enfermedad, por haber limitado el remedio a una aplicación de emplastes, siendo así que lo que necesita el enfermo, el cuerpo social, es la acción del bisturí, cortando mucho y hondo.

Para rehabilitar el cuerpo social precisa libertarle de la gangrena que le consume. Es un caso rudimentario que el comprenderlo necesita poco alcance.

Antes de internarme en tan áspera cuestión, debo hacer notar que cuando hablo del atraso de la mujer española, no significa que yo reconozca emancipada a la mujer de otros países. Harto sé, y con dolor lo digo, que la perfección es imposible, donde quiera que la explotación exista.

Nadie ignora ya que el capitalismo se nutre de la miseria, y mientras haya miseria, la ignorancia y la prostitución en todos sus aspectos, no faltarán, ahogando el sentimiento de lo justo. El dolor nos afligirá mientras subsistan hombres que soberbiamente digan: “esto es mío”.

Pero, volviendo a la cuestión, como yo no poseo un conocimiento exacto del estado de la mujer en los demás países, salvo el muy imperfectamente adquirido de la de Inglaterra y Estados Unidos, donde la veo afanosa por dignificarse, mis consideraciones se referirán directamente a la mujer española, cuya degradación física, moral e intelectual, debiera causarnos pena inmensa.

¿Cuál es la principal causa del mísero estado en que vemos a la mujer, no obstante los asombrosos progresos de nuestros tiempos?

Este será el primer punto que intentaré desarrollar, dudando que consiga hacerlo como debiera, dado que el trabajo es superior a mis fuerzas, trabajo al que me entrego por el irresistible afán de cooperar en toda obra que tienda a conseguir el derrumbamiento de la inhumana sociedad presente.

* * *

La principal causa del atraso de la mujer está en el absurdo principio de la superioridad que el hombre se atribuye. Sobre esta base falsa constituyó [sic] la sociedad actual, y por lo tanto, los resultados forzosamente tenían que ser contrarios a todo bien común.

Este falso y perjudicial principio de la desigualdad, ha venido imperando hasta nuestros días, extendiéndose hasta caer en el vergonzoso extremo de dividirse los hombres en clases y subdividirse éstas al infinito, por la separación que crea el torpe afán de excederse cada uno a los demás. Una vez cultivados por los hombres los antagonismos de sexo, los frutos habían de envenenar su espíritu, haciéndoles despóticos y tiranos con sus semejantes. Empezaron siéndolo con las mujeres, por ser más fácil, pero luego, el afán de dominar les ha hecho feroces.

La mujer es y ha sido para el hombre, un ser incapacitado para todo, y, salvo muy honrosas excepciones, nadie, durante tantos siglos, la ha defendido de esa usurpación de facultades. Se la ha considerado como el eterno niño.

Si no temiera quebrar mis propósitos, mucho podría aducir, para evidenciar que la pedantería es la que ha llevado a muchos a creerse sabios; pero prefiero citar, como caso opuesto, el de las mujeres que frecuentan las cátedras, ejercen la medicina con tanta capacidad como el hombre, estudian con provecho las ciencias físicas, químicas y matemáticas, y ocupan distinguidos puestos en la literatura y el periodismo.

Tuvo su origen [sic] este absurdo de la superioridad masculina en las remotas edades, en que la fuerza muscular se consideraba cualidad preferente, y hasta se llegó a divinizarla. Con tan funesto prejuicio, el instinto de dominación fue manifestándose en los hombres de mayor fuerza, dando lugar a que los menos fuertes recurriesen a la astucia y determinando esa fatal tiranía, que la mujer no pudo rechazar por la extrema delicadeza de sus órganos y por las molestias que le impone la naturaleza, contribuyendo a debilitarla. El caso es que ese estado de tiranía ha prevalecido hasta nuestros días, y la civilización ha conseguido únicamente darle un matiz más hipócrita.

* * *

Provisto el hombre de falaces recursos, ha continuado viendo en la mujer un ser inferior, y entronizado en su recurso, la ha llamado y le ha dicho: “Yo soy tu amo y señor; tú no puedes intervenir en los asuntos públicos, porque no posees el talento necesario; tú no puedes legislar, ni siquiera disponer de tus bienes, porque te hemos reconocido incapacitada. Tú, hija, o esposa, has de ostentar mi nombre, igual que lo ostenta el perro en el collar o el caballo en la manta que le cubre el lomo; así, como

estos animales, si pudiesen hablar dirían: ‘yo soy de fulano’, así también debes decir tú ‘yo soy fulana de fulano’; y tus hijos llevarán mi nombre; me pertenecerán. Eres mía en el sufrimiento; eres mi esclava”.

“Soltera lo eres de tu padre, casada pasas a serlo del marido, y ambos te hacemos depositaria de nuestra honra, que conservarás como conserva la gaveta el dinero que en ella depositamos. Tanto el marido, como el padre, tendremos derecho a matarte, si con tus actos mancharas nuestro nombre; y si este nombre te lo entregamos deshonorado, tú debes ocultarlo, aceptándolo con sumisión y respeto. No tienes derecho a quejarte, y menos a castigarnos, como te castigamos nosotros, porque nosotros tenemos la libertad de que tu careces y nos es permitido, sin desdoro, lo que en ti merecería todos los reproches y los castigos más crueles”.

Creo imposible representar más gráficamente la brutal glorificación de las prerrogativas masculinas. En las líneas anteriores, aparece la vida real en toda su desnudez, casi todos sus repugnantes prejuicios. Es fácil discutir cuando se trata de establecer teorías, pero ante los hechos brutales expuestos ruda y fielmente, es imposible la objeción.

* * *

De poco le ha servido al hombre la cultura de la civilización, cuando ni siquiera ha sabido hacer frente a las dificultades de la lucha social por él mismo provocadas y, en vez de elevar a la mujer a la emancipación la ha arrojado a lo más cruel de la explotación capitalista, imponiéndole los trabajos del campo, de la mina, de la fábrica, y, cosa peregrina para los que rebajan sus facultades, en estos trabajos, la mujer prueba capacidad también, como la ha demostrado para el desempeño de otras funciones más delicadas, evidenciándose, finalmente, la poca importancia de la fuerza muscular, ante los portentosos progresos de la maquinaria y admirables prodigios de la electricidad.

El esfuerzo muscular no se cotiza a ningún precio, desde que los brazos de hierro relevan a los del hombre. Es, por lo tanto, injusto mantener el prejuicio de la superioridad masculina. La mujer tiene aptitudes como las tiene el hombre, y las diferencias entre unas y otras, no son más que modalidades distintas, necesarias para la marcha progresiva de la humanidad.

Desde su nacimiento hasta la muerte, debiera el hombre, vivir en armonía con la mujer; y hoy más que nunca, porque las fatigas de la explotación han llegado a hacerse comunes. Todas las fatalidades del régimen presente, caen por igual sobre el hombre y sobre la mujer. Ninguno se salva del dolor que la mala organización social produce. ¿Porqué [sic], pues, vivir desacordes cuando las necesidades de la vida les llevan a estar juntos? Este desacuerdo es funesto, redundando en perjuicio de todos.

Es hora de que el hombre se dé cuenta de que el relegar a la mujer a un rincón del hogar, divorciándola del movimiento social, por considerarla de condición inferior, contribuye a proteger el mal y el vicio, que él no ha sabido corregir, después de tantos siglos, de tantas leyes y de tantos sistemas como se han usado y desacreditado.

Juzgo haber apuntado con lo expuesto hasta aquí, el origen del falso principio que coloca al hombre en condición superior a la mujer. Veremos ahora las consecuencias que han resultado de este falso principio.

* * *

Toda desviación, así en el cuerpo físico como en el cuerpo social, produce perturbaciones graves, profundo malestar.

Por haber aceptado el hombre sin análisis las costumbres que los antiguos habían establecido como justas, cuando en verdad son contrarias a todo sentimiento natural, vióse [sic] sorprendido por un profundo malestar, y al sentir la necesidad de poner remedio, no pudo conseguirlo, porque, todas las leyes que formulaba, tendían perfidiosamente [sic] a la limitación y al castigo. No combatiendo la causa, continuaban los perniciosos efectos.

La mujer que enseña a pronunciar las primeras frases al niño que ha de ser hombre, la mujer que modela en la primera edad el cerebro y da perfume al corazón, la mujer santificada por el beso, símbolo de pasión sublime, como amante y como madre, la mujer en nuestra sociedad ocupa un puesto humillante, y, en vez de adquirir respeto en sus relaciones con el hombre, se la continua tiranizando hasta crearle una moral falsa, que, enturbiando sus delicadezas, engendra irresistibles dudas, cuyas nerviosas sacudidas emponzoñan la sincera manifestación del cariño, envolviéndola con resquemores de egoísmo y de infidelidad.

No puede la espontaneidad dar sus hermosos frutos en una sociedad donde un falso honor ha muerto los impulsos más fuertes, los más santos, porque de ellos dimana la vida; donde hasta la condición de madre, ¿por qué no decirlo? Se obtiene por la regla del cálculo. Estado horroroso del que, sin justificar la resignación de la mujer, el hombre es el primer responsable.

So pretexto de guardar la moral, que no es otra cosa que una pantalla de la hipocresía, se ha descendido al crimen sancionado por la más estúpida indiferencia. Muchas mujeres, sólo aguardan su alumbramiento, para abandonar inmediatamente, al fruto de sus entrañas en cualquier Inclusa, matadero de la infancia, o darlo al cuidado de gente extraña, que lo atienda por poco precio, con el fin de dedicarse a la lactancia de los hijos de las familias adineradas. Y esto, con ser tan grave, todavía no acusa toda la degradación de sentimientos a que han llegado muchas mujeres.

Las hay casadas que, al notar los primeros síntomas del embarazo, maldicen, no a la sociedad, sino al fruto de sus entrañas, y toman mil brevajes [sic] para arrojarlo prematuramente, o se entregan en manos de comadronas poco escrupulosas que con instrumentos punzantes, destrozan el embrión de un ser humano. A todos estos horrores, podemos añadir el caso cada día más frecuente, de muchos matrimonios que se abandonan a la desnaturalización de los goces, por odio a la procreación.

Al llegar a este extremo, no puedo contener un llamamiento a los escritores “cursis” que ensalzan hasta las nubes el amor de madre, para decirles que si tomaran vida esos millones de séres [sic] muertos en gérmen [sic] y los que mueren en las Inclusas, les maldecirían exclamando: “¡mentira! mentira vuestros poéticos cantares” Menos poesía y más realidad; habéis hecho del llanto, que es signo de impotencia una virtud; del sufrimiento silencioso un mérito.

La mujer, tal como los hombres la han hecho, llora por costumbre. Su única arma de defensa son las lágrimas, el artificio, el disimulo.

Pero no es ella, como he dicho antes, la responsable de su estado. No puede serlo, por cuanto ha vivido constantemente tiranizada por el hombre, y, sabido es, que todo estado de tiranía necesariamente tiene que producir la astucia, la hipocresía y la mentira. La degradación es consecuencia lógica del estado de inferioridad humillante.

* * *

Sobre la mujer pesa la prohibición de manifestar pura y espontáneamente los sentimientos del amor. Debe ocultar silenciosamente sus sensaciones amorosas como se oculta un delito. No puede escoger; tiene que esperar la sollicitación del hombre, y para corresponder, necesita el permiso del tribunal de la familia. Ha de contener todos los naturales impulsos, porque su manifestación constituiría una desvergüenza imperdonable, y el buen nombre de la familia peligraría.

Es más casto, más santo, según la moral de nuestros tiempos, resignarse a ser carne de placer para el primer advenedizo que cubre su lujuria con el pliegue ruín que forma la gazmoñería, ser un mueble de lujo, materia explotable, descendiendo a la categoría de prostituta, con o sin pudor. Basta legalizar estos actos de prostitución para que la pudibundez no se escandalice. El hombre, con sus vicios y su torpe vanidad, representa un papel miserable, aceptando como manifestaciones de amor sincero lo que únicamente es rutina, egoísmo y especulación.

Sin embargo hay que reconocerlo, ¡cuán poco costaría elevar a la mujer por la libertad de sus facultades y afectos naturales! Se le atribuyen

delicadezas íntimas rayanas en lo sublime, que, sin duda, se manifestarían si una moral regresiva no ahogara el sentimiento de espontaneidad. Porque es lógico reconocer que el amor, en su sublime sentir, no cabe admirarlo donde las acciones propias viven subordinadas a la voluntad ajena.

Sin voluntad y sin conciencia, mima la mujer al hombre con quien vive, sólo porque, haciéndolo así, cree cumplir su obligación. Le han dicho que sus deberes de casada le imponen que satisfaga los caprichos del esposo, y los satisface maquinalmente, sin que su corazón intervenga. Así viviendo, sus caricias adquieren con mucha frecuencia, el carácter de las que se prodigan en los lupanares.

No debe extrañarnos esto, dentro del régimen presente, en que la cuestión económica está ligada íntimamente con la cuestión moral, haciendo que cuando el marido trae dinero con que cubrir las necesidades del hogar, los mimos y las caricias se multiplican, mientras que, si por triste suerte no logra subvenir a estas necesidades, entonces el mal humor reina.

Mis palabras son duras, pero también son ciertas.

Habría, tal vez, quien diga que ofendo a la mujer, pero no es así. El mostrar las cosas como son, a nadie puede ofender, máxime cuando en cada caso procuro descubrir al responsable. Lo que me propongo, es convencer al hombre de los fatales resultados del prejuicio de poner a la mujer a tan bajo nivel; lo que deseo es que el hombre deje de ser esclavo de su culpa, como actualmente le acontece, por mantener su tiranía sobre la mujer. Si para considerarla honrada apelan a confiscar los impulsos naturales, estableciendo costumbres y leyes, que ningún mal evitan, que ningún defecto corrigen, sinó [sic] que, por el contrario, obligan a la hipocresía, preferible es que callen y no eleven poéticamente hasta las estrellas “las dulces caricias de su ángel tutelar”, ya que todo resulta soberanamente ridículo y estúpido.

Paréceme muy del caso observar que cada uno tiene derecho a glorificar lo que encuentra bueno; pero en el campo de la realidad, lo general se antepone a lo particular. Yo hablo aquí de la vida real sin particularismo, y dejo las excepciones para quien crea necesario hacerlas. Si los que me leen saben desprenderse de todo recelo y meditan mis palabras con imparcialidad, llegarán a darse cuenta del funesto desarrollo que adquieren los prejuicios señalados y de los vicios que introducen en la educación de las familias, acumulándose inevitablemente en la vida social.

Basta fijarse en las costumbres del hogar, para convencerse de la gravedad del mal. Subordinada la mujer al dominio del hombre, impone ella ese mismo dominio, a los otros seres [sic] más débiles que la rodean, tratando de inspirarles temor. Así la educan, y así educa ella después. Le impusieron obediencia irracionalmente, y de igual modo la impone ella a sus hijos.

Además, los hombres, a fuerza de quererla sumisa, olvidan dotarla de los necesarios conocimientos para la salud de sus hijos, y en esta ignorancia,

la vemos cultivar el temor en el espíritu de los pequeños, que es lo mismo que iniciarles en el camino de la perversión y de la hipocresía. Nada que ennoblezca el sentimiento, nada que respete la diversa constitución orgánica de sus hijos; todo es ignorancia, incomprensión, rutina.

Ella nada sabe de pedagogía racional, cuyo estudio le enseñaría los cuidados que requiere cada niño o niña, según su carácter o temperamento. Por lo mismo, no puede darse cuenta de que educar por el temor, por la ignorancia ciega, produce resultados siempre fatales.

A nadie puede sorprender que a un estado de injusticia siga otro peor, hecho que experimentamos al ver convertido en sombría mansión, el hogar de la familia, “el dulce hogar”, como cantan los poetas.

Y todo esto, que es de una verdad irrefutable, no merece la atención del padre. Lo que a él le importa es que le obedezcan, que sean leyes sus caprichos, y, es claro, por irresistible imitación, la madre exigirá lo mismo de sus hijos, surgiendo de ahí un régimen jerárquico y ordenancista cuyo patrón vemos en los cuarteles. El padre es el primer jefe, ante él nadie chista; luego sigue la madre, con parecidas pretensiones despóticas; y como el mal ejemplo cunde, los niños mayores ejercen de mandones con los más pequeños, y éstos se desquitan con el perro, el gato y los muebles, cuando no hay otra cosa. ¡Cuántas veces habremos oído a niños pequeños exclamar con coraje: ¡Ah! Cuando yo sea grande!... Terribles consecuencias del odioso afán de superioridad!

No es posible, en verdad, atenuar los malos resultados de las prerrogativas que el hombre ha pretendido para sí. Se extienden perjudicialmente como manchas de aceite, ensuciando cuanto nos rodea, sin que valgan astucias y mentiras para ocultar los surcos dolorosos que abren en nuestro corazón.

Es de común sentir que la madre debe ser el primer profesor de sus hijos; pero ¿quién le ha facilitado la adquisición de los conocimientos precisos, para cumplir misión tan delicada? Se dirá que el hombre no tiene la culpa de todo. Cierto. Que la mujer también lleva su parte. No lo discutimos. Todos llevamos nuestra parte de culpa. Lo que interesa es que los absurdos desaparezcan, que se destruya el régimen que los provoca, porque es muy triste educar las nuevas generaciones en medio de tantos errores y limitaciones que embotan los sentidos y desnaturalizan la libertad.

Hasta el presente todo tiende a confiscar la personalidad de la mujer y del hombre. Sólo así se explica como aún hoy, en el siglo XX, acuden anualmente a llenar los cuarteles, miles de hombres a la voz de un tirano, representado por la ley o por el falso deber patrio. Allá va la flor de la juventud masculina con el estorbo de una educación torpe y ramplona, a ser objeto de toda mutilación, a parodiar al ratón que esquiva el zarpazo del gato, a moverse a la derecha o a la izquierda, perdiendo en cada movimiento una parte de su personalidad, hasta su total anulación. Cogido el ratón, lo

engulle el gato para su alimento; anulado el joven, convertido en autómeta, lo engullen los grandes ladrones que en cada país utilizan los ejércitos para satisfacer sus ambiciones, para acaparar grandes riquezas.

Refiriéndome a los estados vergonzosos que nacen de los defectos que voy exponiendo, recuerdo haber dicho en otras ocasiones, que el amor maternal en la especie humana, no se distingue por la tenacidad sublime en la defensa de la carne de su carne y sangre de su sangre. La madre más cruel, más cobarde e incapaz para la defensa de su prole, es la madre humana. En las especies, que llamamos irracionales, desde la bestia feroz hasta la inofensiva avecilla, la hembra madre se desvela por el mejor crecimiento de sus hijos, y celosa de su existencia, los resguarda de todo acecho, escoge sitios convenientes para su defensa, y la veréis con sus uñas, con sus picos o con sus dientes, desafiar todos los peligros, para evitar que llegue algún daño a sus hijuelos.

* * *

Ahora detengámonos un momento. ¿Van a creer mis lectores que soy enemiga de la mujer porque en el trabajo presente resultan muchos cargos contra ella? Dije ya antes que no, y ahora he de añadir que mejor creo defenderla poniendo ante su vista los horrores de las falsas costumbres que constituyen su actual norma de conducta, combatiendo, muy principalmente los funestos prejuicios de la superioridad masculina que a ellas dieron origen. En este último se esconde el verdadero enemigo de la mujer.

No dejo de reconocer que entre las mujeres podemos distinguir algunas que poseen condiciones para ser buenas madres y perfectas compañeras del esposo; mas como por ser tan escasas, lo deficiente turba de continuo [sic] la serenidad de nuestras miradas, no es posible evitar la indignación por el modo tan falso como se educa a los hijos, y por lo indiferente que se muestra el hombre ante el trastorno que produce a la sociedad tan defectuosa educación.

Según la opinión general, el ser buena mujer, consiste en resignarse a ser la esclava del marido, aplaudir sus sandeces y someterse a ser mueble de lujo o bestia de carga. Ese título de bondad lo concede la voz pública, preferentemente a las mujeres que trabajan hasta perjudicar su salud, sin protestar que el esposo pierda el tiempo en el café o en la taberna. Francamente no participo de esta opinión. Sentiré, sí, compasión por ellas, más no cariño, ni respeto, desde el momento en que ellas tampoco estiman su vida y su dignidad.

El vulgo, el necio vulgo, puede seguir dispensando el dictado de buenas mujeres a las que esperan resignadas el regreso del marido hastiado

de sus vicios y que luego le reciben con el halago servil al amo, el dueño, al señor, mas yo no puedo ocultar el enojo que me produce esta conducta, porque con ella sólo se demuestra capacidad para ser siervas, no compañeras del hombre. El hogar en estas condiciones, demuestra ausencia de amor, de verdadero afecto, no nobles expansiones; los dos seres que viven bajo aquel mismo techo carecen de la sublime afinidad, necesaria para el verdadero goce. La mujer se somete al hombre, porque le trae unas pesetas al final de la semana, o porque a su lado cree a cubierto su fama de buena mujer, engaño terrible, por cuanto acepta que pese sobre ella el yugo de la prostituta legal, siempre de más baja condición, por ser más hipócrita que la infeliz mujer pública.

Esta ausencia de sentimientos y costumbres sanas, nos lleva a tomar en serio una infinidad de disparates que se observan en otros órdenes de la vida, y que sería objeto de chacota, si más tarde no resultaran un suplicio para nuestros hijos. ¿Quién no ha visto a una mujer hacer alardes de sus sentimientos maternales, llorar a lágrima viva al notar que su hijo está enfermo, disputar con las vecinas porque le han reñido y separarlo del corro de los grandotes para que no se oiga frases que juzga reñidas con la moral? Pues [sic], en cambio, esa misma madre, pronuncia en presencia del mismo hijo, mil perrerías, a cual más grosera, por cualquier cuestión que haya tenido con las vecinas, o le refiere con tono beatífico, todo un tejido de patrañas y embustes místico-religioso, o le mete en cualquier escuela, sin importarle que el profesor sea jesuita, una fiera ordenancista.

Todos los días conmueve nuestros medios el rugido que contra el despotismo levanta la protesta popular y a pesar de todo, no reparamos en adorar el símbolo de este despotismo, regalando a los niños, en determinadas festividades, juguetes que representan espadas, fusiles, soldados, y también nos permitimos la “alegría” de verles seguir mascaradas del carnaval luciendo los entorchados del bárbaro conquistador o la casaca enconchada del parásito privilegiado.

La tarea que me he impuesto, requiere muchas observaciones, para dejar afirmado que el celo de las madres a favor de sus hijos, está luego negado por los hechos y que el afán de que se alardea por sacudir la dominación del tirano, resulta vago, inconsciente, desde el momento que en los más sencillos actos de la vida aparece el fantasma de la tradición, obstáculo tenaz a toda positiva manifestación sana.

* * *

Todos los privilegios, causa del desequilibrio social existente, todas las guerras, que con tanta frecuencia desolan a la humanidad, todo el conjunto

de dolores y atrocidades que de tan cerca nos hieren y conmueven, hayan apoyo en la ignorancia de esa media humanidad que constituyen las mujeres, ignorancia que perpetúa, con los prejuicios señalados, la otra mitad compuesta por los hombres.

Examinen éstos su obra, examínenla y verán como sus orgullos, sus prerrogativas, sus códigos, sus religiones, forman la roca que les aplasta. Su extrema fatiga no hallará descanso hasta que no borren las limitaciones que impusieron a la mujer por temor de [sic] que no se derrumbase el hogar de sus egoísmos.

La lealtad, el amor, la abnegación, no pueden florecer bajo la represión y la tiranía; necesitan, para su armónico desarrollo, el ambiente de la libertad vivificadora, la igualdad de condiciones en todos los seres humanos. La Naturaleza, al separar los dos sexos con facultades y obligaciones propias de cada uno, completó un fin común, útil y armónico: el progreso indeterminable de la especie; mientras que el hombre, con su odioso orgullo, al pretender corregir la Naturaleza, impone divisiones que violentan los espíritus y perjudican la procreación. No debemos continuar por este mal camino.

Reconozcámonos todos enfermos, ya que la atmósfera social se ha viciado tanto que, con dificultad nuestros pulmones pueden respirarla; reconozcámonos enfermos y no volvamos la espalda a quien, con su pluma, con su palabra o con su ejemplo, nos ofrece el remedio.

No quiero que acepten a ciegas mis palabras, sino que se les preste atención y se estudien las soluciones de tan grave problema.

Es menester también que la mujer no espere únicamente del hombre el remedio a sus males. Ella misma debe emplear todo el esfuerzo propio para levantarse de la postración en que ha vivido. No quiera ver encadenadas por más tiempo sus acciones.

Obrando así, con conciencia propia de sus derechos y de sus deberes, el concurso que el hombre le preste contribuirá eficazmente a completar la transformación imperiosamente necesaria.